teridad, confieso tambien que se me han erizado los cabellos.

Es débil sin embargo, la férrea argumentacion de Demóstenes, y pálidas las sonoras y candentes frases de Ciceron en comparacion de la mágia portentosa de otra palabra más brillante que la luz, y más ardiente que el fuego vivo.

Un pobre monge de Clairvaux pronunciaba en presencia de los reyes de Francia, Luis el jóven y la bella Eleonora un sermon, aconsejando una segunda cruzada. El humilde orador no tenia otra bóveda sobre su cabeza que la del cielo, una eminencia era su tribuna y el anfiteatro de sus numerosos oyentes sus vastas quebraduras.

Cuando aquel monge desconocido hubo pronunciado su última palabra, millares de voces trémulas de emocion y de entusiasmo estallaron á un tiempo gritando como frenéticos: «¡á Tierra Santa, á Tierra Santa que el Señor lo quiere!» Algunos de sus oyentes se dice que marcharon á Oriente sin recibir siquiera la bendicion de sus padres, el último adios de sus mujeres y sin estampar el postrer beso en la frente de sus hijos.

¿Quién era ese hombre que así arrebataba los orazones con su palabra? ¿Quién era ese monge en comparacion de cuya lengua de oro eran de lodo las de Ciceron y Demóstenes? Se llamaba Ber-

nardo y amaba á la Vírgen María como un ángel; la amaba tanto y era tan amado de ella, que en la Catedral de Colonia, una estátua en mármol, representando la imágen de María, le dijo una vez en voz alta y en presencia de inumerable concurso: "Dios te salve, Bernardo, hijo mio!" ¡Ahí teneis el secreto de la más alta elocuencia que ha conocido el mundo!

Despues de la inteligencia, el valor. El talento comparte con el poder el cetro del mundo. El poder se funda principalmente en la bravura del alma, y el heroismo militar, es sin duda, su más brillante faz. ¡Quién sabe qué tiene de sublime y de atronador el estruendo de las armas! ¡Los relámpagos del acero victorioso deslumbran hasta el vértigo y fascinan hasta el delirio!

Qué hermoso es pasar el Gránico con Alejandro, y perderse entre la muchedumbre armada de las llanuras de Arbela. No pueden leerse los Comentarios de César sin combatir en la Galia á su lado, pasar á Italia, triunfar en Farsalia, pasar al Africa y volar hasta España. Aturdido queda el espíritu con el cañoneo de Valmy, las victorias de Marengo y la batalla de Austerlitz. Más aun no se ha agotado la escala del valor, aun ha habido más altos heroismos en la guerra.

Hubo una época del mundo en que crecia y cre-

cia la Media Luna Otomana. Los hijos del Profeta inundaban la Europa dividida con olas triunfadoras y vivientes de barbarie y fanatismo. El gran Señor clava en Roma su mirada y bota al mar sus orgullosos bajeles, soñando en el dominio de las aguas y en las glorias del Coran. La cristiandad sobrecojida confía sus armas al jóven bastardo de un gran rey. A las doce del dia 5 del año de 1571 la armada cristiana divisa la escuadra de los infieles. Sobre las aguas mismas que en otro tiempo presenciaron la sangrienta querella en que Antonio y Octavio se disputaron el cetro del mundo, se traba ahora la tremenda lucha. La galera capitana inicia el combate. El gran Cervantes queda lisiado de un brazo al saltar de los primeros el abordage, al horrible abordage en que el valor busca la muerte al través de la muerte misma. Por momentos crecia la batalla y la victoria está indecisa; pero al fin, ¡loado sea el Señor! la Media Luna es vencida, tintas quedan las olas en sangre de infieles é irradía á la luz esplendorosa de la victoria el estandarte glorioso de la Vírgen. Esta fué la gran prueba de Lepanto. D. Juan de Austria, que mandaba en gefe, fué el robusto brazo del triunfo; pero Andrés Dória que mandaba el ála derecha, el ilustre almirante genovés, fué el cerebro y el corazon de esa victoria.

¿Y sabeis por ventura cuál era la tierna devocion de Andrés Dória? Rezar en su camarote el *Oficio Parvo de la Vírgen.* El deja ver abierto su libro, cuando salió á cubierta á mandar la terrible accion; continuó su rezo despues de la victoria. Ahí teneis el secreto de su heroismo y de su génio! No me pregunteis ya más!

Cuando Colon tambien, cuando ese loco sublime, ese demente de génio, perdido en el inmenso mar no encuentra la tierra que parece huir de su presencia, y acobardada la tripulacion se le rebela y determina matarlo, Colon la aplaca con la magestad de su palabra, pide un nuevo término para encontrar la tierra prometida y al siguiente dia la descubre en efecto sus ojos inundados de lágrimas. Colon salió de su camarote á los gritos de la tripulacion rebelada para aplacarla é infundirle nuevo esfuerzo. ¿Sabeis por ventura cómo templaba ese noble anciano su fé inefable y su constancia heroica? Rezaba las «Horas de la Vírgen» ¡Bástenos saber esto para comprenderlo todo!

No conozco otro capitan más ilustre, ninguno más glorioso por sus ínclitas victorias en tierra. Era soberano digno de un pueblo de héroes. Colocada su patria en medio de vecinos tan injustos como poderosos, fué la vida de ese hombre un perpétuo combate y un perenne triunfo. Le atacan

los rusos de repente, vuela á encontrarlos, y con doce mil polacos derrota á ochenta y dos mil rusos. Los turcos sitian á Viena con tren y muchedumbre inmensa. La capital del Austria está para rendirse, cuando llega el héroe polaco en su defensa. Ve mal acampados á los sitiadores, los empuja sobre el Danubio, cae luego sobre ellos como una tempestad; y con diez y ocho mil soldados hace pedazos á trescientos mil turcos, arrancándoles sus medias lunas crinadas, sus tiendas y hasta los cadáveres de las concubinas de sus generales. Ese hombre se llamaba Juan Sobieski y jamas fué vencido.

Sabeis cuál era el talisman que le aseguraba siempre el triunfo? El *Ave María*, que era á la vez su grito de guerra y su himno de victoria. Del riquísimo botin que hizo sobre los turcos nada quiso para él, y se llevó tan solo á su patria un antiguo lienzo que habia encontrado enterrado al volver en las ruinas de Wishau y en el cual estaba estampada una imágen de la Vírgen con esta inscripcion: "Juan, en mi nombre vencerás." Sobieski se llamaba Juan, y al verlo gritó: "es mio;' y fué desde entónces la bandera que le dió siempre la victoria y lo acompañó en sus triunfos.

Habeis visto á María inspirar la palabra arrebatadora, el heroismo y la constancia; esperad un

momento y la vereis inspirar tambien el génio artístico.

¡Oh! el arte es una cosa sublime; el culto ideal de la belleza, una especie de beatuidad anticipada, un mundo medio entre nuestro mundo y el paraiso. Apénas alcanzo algo más elevado que la mision de los artistas, esos sublimes sacerdotes de lo bello. El arte en último término ¿qué es? La espresion de la belleza. Y la belleza ¿qué es? San Agustin el poeta, el grande por la inteligencia y el sentimiento, la define «el esplendor del órden:» es decir, la manifestacion más perceptible á nuestros limitados espíritus y más fascinadora del infinito. Ah! los artistas son la raza escogida, la generacion predilecta del génio, los reyes de la vasta region del sentimiento humano, coronados con diademas de fuego y que llevan cetros de flama.

Tres hombres han sido hasta ahora los soberanos ilustres del dilatado reino del arte: Miguel Angel, Rafael y Murillo. La fuerza de Miguel Angel era la composicion, es decir, las escenas que representaba, las actitudes que fingia, las figuras que agrupaba, los planos monumentales que concebia y las situaciones extremas que ideaba; Miguel Angel era, en una palabra, el Homero del arte.

Rafael fué el rey del contorno y del colorido. Sus contornos eran correctos y puros como si se

dibujaran con un pincel formado con haces de luz. Su colorido era fresco, brillante y húmedo, tan palpable como la vida y palpitante como la animacion. Era Rafael correcto, animado y límpido, como el Virgilio de la pintura.

Murillo no tenia contornos ni composicion ni colorido. ¿Qué tenia, pues? Creacion tan solo. Cerraba los ojos, recogia su espíritu y una imágen venia á dibujarse en su alma, tan bella y tan pura cual nunca se habia dibujado ni vuelva tal vez á dibujarse en cerebro humano. Miéntras Rafael era, pues, la ejecucion y Migel Angel la manifestacion, Murillo fué el creador de la belleza artística. La crítica moderna con razon exclama: todos los grandes maestros han pintado imágenes, solo Murillo ha pintado vírgenes. Con razon en su entusiasmo exclamaba un ilustre contemporáneo: si vosotros llamais á Miguel Angel y Rafael los reyes del arte, permitidme que yo llame á Murillo el Júpiter del mundo artístico. ¿Y sabeis cómo murió Murillo y quién era? Al trabajar en una iglesia de Sevilla tomó una postura muy difícil, por no tenerla irreverente, y esto le ocasionó la muerte. Al pintar sus lienzos inmortales, la Madre de Dios era su inspiracion; y cuántas veces conmovido ante la imágen de María empapábalos con sus lágrimas. No me pregunteis ya más cómo se formaban los grandes artistas!

Mil y mil ejemplos pudiera citar, pero basta ya. ¿Quién no está persuadido de que nada verdaderamente grande puede haber sobre la tierra sin el amor de María? ¿Quién no está persuadido que Ella es el alma y raíz de toda grandeza y de toda prosperidad humana? ¡Ay de nosotros, si dejamos de servirla! Bien podemos darnos entónces por perdidos. ¡Ay de la Sociedad Católica si deja de confiar en su poder ó de esperar en su bondad! Perdida está entónces para siempre y sin remedio.

Pero no, Madre nuestra! Todos te amamos y en Tí confiamos todos. Tú eres nuestra salud, nuestro poder y nuestra gloria. Tus hijos somos y te amamos más allá de la palabra, más allá de las lágrimas, hasta el silencio, que es la última y más solemne expresion de los amores inexplicables. Todos te amamos hasta más allá del tiempo y de la vida; y por tu amor y con tu amparo, dariamos sin pestañear el cuello á la cuchilla, el corazon á los garfios, á la tritura los huesos, las carnes al fuego y hasta el alma á los tormentos!

En el nombre de Dios y con su santa ayuda este sea nuestro lema. En el nombre de María y bajo su santo amparo, esta sea nuestra divisa. Ven ¡oh María! Pequeños somos, pero desde el abismo inmenso de nuestra nada, te invocamos tambien como Murillo te invocaba desde el fondo de

004573

su mísero taller y San Bernardo en las llanuras de Clermont. Ven, ¡oh! Madre en nuestra ayuda. Tú, la fortaleza de Colon perdido en el oceano; Tú, á quien Sobieski invocaba entre las brumas del Danubio y las cortantes cimitarras de los turcos; Tú, á quien invocaba el bravo Dória entre el fragor horrísono, la humareda y estruendo de Lepanto!

¡María, María! sea nuestro grito de guerra y nuestro canto de victoria! ¡María! ¡María! tu nombre sea el cántico de nuestra vida y sea tambien nuestra última palabra al espirar!

DIJE.